

Venturas y desventuras del matrimonio a los ojos de un clérigo ilustrado

ROSA MARÍA CAPEL MARTÍNEZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Corría el año 1792 cuando aparece publicada en Madrid, para venderse en «La Gaceta», una obra titulada *Consideraciones políticas sobre la conducta que debe observarse entre marido y mujer*. Su anónimo autor poco podría imaginar entonces que, tras pasar la censura civil y correr por los mercados más de un lustro, en 1799 su libro iba a ser delatado ante la Inquisición de Corte por lo que el denunciante, igualmente anónimo, considera inadecuada colocación del adjetivo «detestable» en el siguiente párrafo del prólogo:

«Y otros, finalmente, han exaltado la fe matrimonial con el fin detestable de que muchos abrazasen el estado del matrimonio, por que decían ellos, que promoviendo la devoción acia (sic) dicho estado un gran numero de jovenes y Damas agradables, podrian esperar algunas satisfacciones, à costa de la inquietud de los pobres maridos»¹.

Según el escrito de delación, del texto anterior puede desprenderse la proposición nada católica de que el matrimonio es algo detestable, aunque, se reconoce, bien puede no haber sido ésta la intención del autor. Sin embargo, existiendo la probabilidad de que otros lectores lleguen a conclusiones similares, se sugiere que el Tribunal ordene expurgar el término.

Pese a la rotundidad con que se expresa el delator, no parece que el contenido en sí mismo de la frase denunciada atentara profundamente contra la fe;

¹ El texto de la delación así como el resto del expediente abierto por la Inquisición sobre esta obra se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Inquisición, Leg. 4459/11. El subrayado que figura en el texto es nuestro.

más bien, su actitud podría decirse que responde a un exceso de rigor a la hora de interpretarla. Rigor y susceptibilidad del que, por esas fechas de finales del setecientos, hacían gala muchos españoles de todo tipo y condición. La revolución francesa que había inspirado a Floridablanca su «cordón sanitario» para evitar que las ideas y acontecimientos del vecino país pudieran contagiarse a este lado de los Pirineos, había puesto en alerta también a los tribunales civiles y eclesiásticos encargados de velar porque cuanto escrito circulara por España respetara los principios religiosos, morales y políticos establecidos. La actividad de censores, calificadores y fiscales se multiplica en este período de tránsito a un nuevo siglo, no siendo, pues, de extrañar que esta fiebre de «celo intelectual» se extendiese a otros sectores de la población².

Este ambiente de recelo explicará también que pese a no tratarse de una acusación grave ni sólidamente sustentada, el mecanismo de la censura inquisitorial se puso en marcha siguiendo el ritual establecido en el siglo XVI y ligeramente modificado por Carlos III³.

CENSURA Y CENSORES

El 23 de mayo de 1799, el secretario de la Cámara del Secreto de la Inquisición de Corte, D. Fermín Aguado y Hartalejo, manda que se compre el libro y se remita a Fray Francisco Gómez, Presidente Regente de los «Estudios de

² Sobre la incidencia de la censura en la España de finales del siglo XVIII y en general en toda la época moderna existe una numerosa bibliografía de la que mencionaremos aquí las siguientes obras: Defourneaux, M.: *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*. Madrid, Taurus, 1973; Domergue, L.: *La censure des livres en Espagne à la fin de l'ancien Regimen*. Madrid, Casa de Velázquez, 1996; Márquez, A.: *Literatura e Inquisición en España. 1478-1834*. Madrid, Taurus, 1980.

³ Según lo establecido por el Tribunal de la Inquisición en el siglo XVI, todo libro denunciado ante él había de ser calificado y censurado al menos por dos calificadores. Si el dictamen de ambos coincidía se enviaba al tribunal; en caso contrario, se pedía la calificación de un tercero al que se enviaban también las conclusiones de los anteriores. Una vez reunidos todos los informes, el Fiscal del Tribunal redacta, si es preciso, la acusación y el tribunal—inquisidor y calificadores— se pronuncia. Su decisión se remite al Tribunal Supremo, único que puede dar edictos condenatorios, el cual dará curso a la petición o encargará una nueva calificación al Tribunal de Corte.

En 1768, Carlos III dictó cinco nuevas reglas sobre el procedimiento que había de seguir la Inquisición dirigidas a reforzar las regalías reales en esta materia, a permitir a los autores expurgar ellos sus libros si así se decretaba y a darles la oportunidad de defenderse, directamente o a través de un abogado de oficio, antes de condenarlos.

Cfra.: Defourneaux, M.: *Op. cit.*, pp. 57 y 82.

Santo Tomás»⁴, para que junto a otro teólogo examine la proposición delatada y el resto del libro. El 28 del mismo mes se firma el escrito de remisión. La rapidez de estos primeros pasos contrasta, como venía siendo costumbre en épocas anteriores, con la premiosidad en que entra el proceso a partir de entonces.

Tras dos años esperando respuesta⁵, el tribunal reclama a los dos calificadores su informe el 21 de marzo de 1801. La respuesta no llegará hasta el 12 de diciembre y en su escrito Fray Francisco Gómez y Vicente Prieto, licenciado en teología, apoyarán la opinión del denunciante sobre la necesidad de borrar el adjetivo «detestable» porque, dicen, el matrimonio «*es de suyo... un estado sancto, como declara el Apóstol, y enseña la Yglesia contra los sectarios que intentaron condenar las Bodas*». Mas no quedan aquí sus propuestas. Habiéndoseles encomendado el examen del resto de la «obrita», como la denominan, acaban concluyendo que

«merece ser reprobada no solo por inútil, sino por contener consejos ilícitos, por la mala separación que hace de las obligaciones políticas y religiosas de los casados, como también por las novelas que escribe pintando en las personas de calidad una vida sensual, olvidada de Dios, empleada en Operas, Bailes, concurrencias, enamoramientos y galanteos, todo lo qual refiere de un modo tan indiferente que no se sabe si lo adopta, o lo reprueba...»

Bien es cierto que no encuentran errores de fe en el texto, pero ello se debe a algo igualmente reprochable: el autor deja de lado el carácter de sacramento que el matrimonio tiene entre los fieles y la «vigilancia, fidelidad y conducta

⁴ Los calificadores y censores a los que acude la Inquisición suelen ser en su mayoría frailes y clérigos cuya cultura literaria es la de la clerecía del momento y cuya formación religiosa es más notable en el caso de los segundos, que habían de tener título o grado en teología o derecho canónico. Durante el siglo XVIII el nivel cultural de los calificadores descendió de forma notable respecto a épocas anteriores, existiendo frecuentes críticas de que la mayoría no leía lenguas extranjeras y, por tanto, no llegaban a entender los libros que se les enviaban para calificar. En tal sentido se expresan repetidamente Floridablanca y Jovellanos. Según Villanueva, a finales de la centuria ilustrada estos calificadores, cuyo título se daba con la misma generosidad que el de «familiar», eran en su mayoría funcionarios de poca cultura, llenos de prejuicios y pretensiones, que habían llegado a serlo por poder pagarse la preceptiva prueba de limpieza de sangre. Bien es verdad que había excepciones y la Inquisición de Corte contaba con algunos hombres cultivados cuya relevancia fue creciendo dado el volumen de obras que se les mandaba para calificar. Cfra.: Defoumeaux, M.: *Op. cit.*, pp. 58-60; Márquez, A.: *Op. cit.*, pp. 136-137 y 154.

⁵ Desde el comienzo de la censura inquisitorial el plazo medio de espera entre la delación de una obra y el juicio final del tribunal venía a ser de dos a tres años, durante los cuales el libro seguía circulando.

superior» que ello exige a los esposos. En suma, tanto por lo que dice como por lo que omite la obra merece a sus primeros examinadores la peor de las opiniones.

Lo prolijo de la exposición de Fray Francisco y Vicente Prieto no fue, sin embargo, suficiente para la Inquisición de Corte que un mes más tarde, 16 de enero de 1802, solicita que se pase el libro a otros calificadores porque no se especifican lo suficiente cuáles son los consejos ilícitos reprobables ni queda clara la nota teológica que merecen. Al mismo tiempo, se ordena averiguar el nombre del autor para hacerle llegar la censura realizada y que pueda defenderse. Dando pruebas de efectividad, se consigue saber que el autor es un abate valenciano, llamado Pascual Albuichec, que vive en la Corte⁶, y al que en el mes de febrero se le remite un oficio y la copia de la censura.

D. Pascual tardará unos meses en contestar y, por desgracia, no hemos podido encontrar los folios que contienen su defensa. Quizás porque el 28 de junio de 1802 fue remitida junto con el libro y la censura a los nuevos calificadores: Hipólito Leren de la Purificación y Manuel Torres de Jesús y María, ambos pertenecientes al Real Colegio de las Escuelas Pías de San Antonio Abad. Su dictamen, emitido casi un año más tarde —10 de mayo de 1803— mantiene una postura radicalmente opuesta a la anterior. En su opinión, la colocación del adjetivo «detestable» es adecuada pues recae por su proximidad sobre el término «fin» y no sobre «matrimonio»; la obra no sólo no induce a la vida ociosa, sino que la presenta como aborrecible; tampoco da consejos ilícitos a los maridos sobre la forma de tratar a sus esposas, y, en consecuencia, consideran que nada hay en ella contrario

«a las verdades y sacrosantos dogmas de nuestra fe catholica, ni a la moral chistiana, o maximas del Santo evangelio; y que el Autor satisface a los reparos y objeciones del calificador».

Recibido este segundo dictamen por el fiscal, la existencia de dos opiniones tan dispares imponía, según el mecanismo inquisitorial, la obtención de un tercero. Sin embargo, el Inquisidor Fiscal, tras haber examinado todo el expediente, decide omitir este nuevo paso e informa favorablemente la publicación de la obra por varias razones. En primer lugar, porque la delación entra dentro de las realizadas por *«Delatores ignorantes, y tal vez de mala fe»* que mal entienden el contenido de lo que leen. En segundo lugar, porque el autor en su defensa deshace *«las objeciones vagas, frívolas, y que carecen de toda censura*

⁶ D. Pasqual Albuichec residía en la C/ Cantarranas, *«entrando por la de Jesús a tres, o cuatro portales a mano derecha»* y solía estar desde el anochecer en el convento de Jesús.

teologica, conque los señores calificadores Gomez y Prieto han intentado su prohibición», entrando a discutir sobre algo que no corresponde al Santo Oficio como es si el autor consigue o no los objetivos que se propone al comienzo. En tercer lugar, la petición de un nuevo informe no sólo retrasaría la solución del caso sino que contribuiría a incrementar el colapso que ya tiene el tribunal en materia de censura pues ha de ver los expedientes de su Distrito más los del resto del reino y los calificadores, ya sobrecargados, los detienen por años enteros.

Las andanzas del libro del abate Albuichec por los pasillos de la Inquisición están a punto de terminar. Haciendo caso a la propuesta del fiscal, el Licenciado y Señor Inquisidor, D. Pedro de Orbe, dicta sentencia en la audiencia de la mañana del 29 de agosto de 1803 y «dijo que corra esta obra libremente» por hallarse exenta de toda censura.

De este modo se cierra un expediente que ha tardado en realizarse cuatro años y que nos pareció representativo en todos sus términos de los contrastes que se daban en la sociedad española de finales del siglo XVIII. Ahora bien, tras su lectura surge inmediatamente la pregunta: ¿cuál era el contenido del libro?, ¿era tan reprobable como piensan los primeros calificadores o, por el contrario, tan inocuo como afirman los segundos y considera el fiscal? Esto es lo que vamos a intentar analizar a continuación..

DE LA OBRA Y SU ESTRUCTURA

El excesivo rigor interpretativo con que actúa el delator y que el fiscal supo ver, e incluso calificar con mayor dureza, resulta aún más elocuente cuando se lee toda la obra.

Formalmente el libro consta de una introducción, varios capítulos agrupados en dos partes y unas escuetísimas conclusiones. Escrito todo en un estilo sencillo y directo, a fin posiblemente de facilitar su comprensión a los hipotéticos lectores, los once capítulos en que se estructura el trabajo se dedican a tratar aquellos problemas que puedan presentarse en las relaciones matrimoniales y que el autor considera más relevantes o, al menos, más directamente relacionados con los fines que se propone⁷. Todos están organizados del mismo

⁷ Los títulos de los capítulos son los siguientes: *Parte I*: Capítulo I: «Del designio de la obra»; Capítulo II: «Del matrimonio y de la infidelidad de uno y otro sexo»; Capítulo III: «De la elección de las mugeres»; Capítulo IV: «Como debe portarse un marido para hacer que se conduzca bien su muger»; Capítulo V: «Medios generales para obligar á ser fieles á las mugeres». *Parte II*: Capítulo I: «De las mugeres ricas»; Capítulo II: «De las bellezas»; Capítulo III:

modo: primero se hace una exposición del tema que se desea tratar y luego se incluye una pequeña narración, denominada «anécdota», con la que se pretende aleccionar a los lectores y convencerles de que cuanto ha sido dicho previamente puede ocurrir. Con la inclusión de estas anécdotas el abate Albuichec está siendo fiel a una actitud tan cara a los hombres del período ilustrado como es la de instruir. Ese amor por lo didáctico no sólo queda palpable en la forma en que concibe y realiza su obra, sino que además él mismo lo manifiesta abiertamente cuando afirma en el prólogo que considera oportuno incluir estos ejemplos porque al vivir en un siglo en que abundan los espíritus osados llenos de vicio, ellos pueden ayudar a los maridos a refutar los «*licenciosos discursos de los enemigos de la perfección de las costumbres*»⁸.

Respecto al contenido de estas anécdotas, responden también plenamente a los gustos culturales de la época. De un lado, el autor recoge en sus historias las costumbres del siglo pero, quizás en busca de mayor verosimilitud para lo que cuenta, procura establecer entre el lector y la acción una distancia bien temporal, bien geográfica o ambas cosas a un tiempo. Lo consigue mediante el uso de diversos artificios literarios muy en boga. Así, nunca ubica temporalmente la historia y sólo es posible deducir la cronología aproximada en dos casos en que hace referencia a la conquista del Paraguay y a Atenas⁹; designa a los protagonistas con nombres de resonancia latina —Sempronía, Fabio, Fluvia, Celimene, Polidoro—, extranjeros —Madama Bersan, Varón de Hercy, Milord Somberbrut— o simplemente los esconde tras una abreviatura —Madama N**, Abate B**. No faltan, como es de suponer, las referencias al

«De las jugadoras»; Capítulo IV: «De las damas galantes»; Capítulo V: «De las prudentes»; Capítulo VI: «De las mugeres sabias».

⁸ *Consideraciones políticas sobre la conducta que debe observarse entre marido y mujer*. Madrid, Ramón Ruiz, 1792, p. V.

⁹ Una de las anécdotas referidas corresponde al Capítulo V de la segunda parte —«De las prudentes»— y cuenta la historia de Lucía Miranda, esposa de un caudillo español que participa en la conquista del Paraguay y de la que el cacique Mongora se enamora. Para conseguirla, ataca el fuerte cuando su marido no está y, aunque muere el jefe indígena, su hermano se la lleva al poblado. Cuando el conquistador español quiere rescatarla, cae prisionero y es condenado a hablar con su esposa pero sin tocarla. Un día los encuentran juntos y es condenado a muerte. Lucía, entonces, pide morir con su esposo.

La otra anécdota se incluye en el Capítulo II de la misma segunda parte —«De las bellezas»— y está situada en Atenas donde el Magistrado Aristo está casado con Plutonia, la mujer con «más gracias» de Grecia. Un día fue a oír a Agatón, filósofo de una secta que predicaba la felicidad. Creyendo que ésta estaba en las palabras de este orador se marchó con él al país de los Eginetes. Allí nunca consiguió ser feliz y tuvo que ponerse a hacer adornos y atavíos para las mujeres a fin de poder sobrevivir. Finalmente, Agatón fue expulsado del país.

Cfr.: *Consideraciones políticas...*, pp. 82-86 y 118-122 resp.

mundo clásico —las ya señaladas— ni al exótico mundo oriental que tanto atrae a los europeos del momento y que va a ser el escenario, paradójicamente, de la anécdota que pretende ilustrar cómo debe de ser el comportamiento del marido para que su esposa se conduzca bien¹⁰.

Por otro lado, de todas las anécdotas se deduce al final una misma moralina: nadie puede aniquilar el respeto general, voluntario o involuntario, a las costumbres establecidas ni tampoco transgredirlas sin recibir por ello su castigo. De ahí que las protagonistas que lo intentan acaben siendo infelices¹¹, arruinadas y abandonadas¹², o muriendo de celos y dejando un hijo pequeño al cuidado de los criados, lo peor que el autor imagina que puede pasarle a una madre¹³. La pena para los hombres que las incitan es siempre menor: desaparecen de la historia sin que se vuelva a hablar de ellos; sólo uno muere en reto a manos del marido y dos huyen acuciados por las deudas.

Ahora bien, no todas las mujeres persisten en su error una vez cometido. El autor no puede por menos que reconocer que existe el arrepentimiento y darle una oportunidad. Cuando esto sucede suele ser gracias al bien hacer del marido o de algún buen amigo que impulsan a recapacitar a las mujeres extra-

¹⁰ La anécdota, que cierra el capítulo IV de la primera parte —«Como debe portarse un marido para hacer que se conduzca bien su muger»—, cuenta la historia de Zulmis, joven de Persépolis enamorado del príncipe árabe Selim. Este era vanidoso y egoísta, por ello aconseja a la joven que se case con un sátrapa que ha pedido su mano pese a saber que le amaba a él. El marido era avaricioso, egoísta, iba a prostíbulos y le recortaba el dinero. Un día, cuando regresó Selim, huyendo de Persia por sus deudas, la joven se marchó con él, pero la abandonó al verla embarazada. Zulmis regresó buscando el apoyo de su padre que la rechazó; no así su marido, que la acogió porque el hijo le haría dueño de la fortuna de su esposa. En cualquier caso, el hijo fue en adelante el único objeto del amor de Zulmis quien se convirtió en una mujer prudente y discreta.

¹¹ El caso de Plutonia ya referido en la nota 9.

¹² Es el caso que se relata en la anécdota del capítulo III de la primera parte —«De la elección de las mugeres». Leonor, hija de Madama Bersan, casa con Lisimón, un joven enriquecido. Pronto conocerá a un coronel vecino del que se enamora y descubierta por su marido pide el divorcio, obligándole además a pasarle una pensión. Lisimón muere a los dos años de pesadumbre y Leonor se casa con su amante. Mas éste sólo resistirá a su lado hasta consumir su fortuna y luego la abandona. Cfra.: *Consideraciones políticas...*, pp. 16-21.

¹³ Tal ocurre en la anécdota del capítulo V de la primera parte —«De las mugeres ricas». Junia era una joven que dejó el convento para casarse con el Varón (sic) de Hercy que no colmó la idea del amor que había leído en los libros. Por ello, se enamoró de un primo del marido más joven, que al no conseguirla se vengó contándole sus ideas a una Madama que las dio a conocer en la sociedad. El Varón trasladó la residencia del matrimonio al campo para evitar otros males, mientras el primo casó con la Madama. Ambos se fueron infieles y finalmente él tuvo que huir a causa de sus deudas y ella murió de celos, dejando un hijo al cuidado de los criados. Cfra.: *Consideraciones políticas...*, pp. 54-57.

viadas y a abandonar su camino de error, pero en adelante se las hace vivir recatada e, incluso, retiradamente pues el esposo acaba trasladando el domicilio familiar al campo lejos de los vicios y peligros de las ciudades, otra idea muy querida de los ilustrados¹⁴.

Como podemos ver, el abate utiliza en sus historias un sistema constructivo muy parecido al del teatro. No niega las situaciones transgresoras de la norma ni el hecho de su práctica frecuente, tampoco le interesan éstas en sí mismas salvo por la mimesis que puedan generar. Por ello, todas las situaciones se salvan con el triunfo de lo establecido después de haber dado al lector o lectora la posibilidad de sentir que ciertas normas pueden incumplirse y hacer correr libremente su imaginación¹⁵.

LOS OBJETIVOS DEL AUTOR

De cuanto hemos dicho hasta ahora respecto de la obra podemos inferir algo de los objetivos que nuestro sacerdote se propuso al escribirla. Mas no necesitaremos de esta vía indirecta para conocerlos. El mismo nos los va a

¹⁴ Son varias las anécdotas en que esto ocurre. Bástenos citar aquí la correspondiente al capítulo I de la segunda parte —«De las mugeres ricas». Sempronia está casada y tanto ella como su marido coquetean con otras personas. Ella hace caso a un caballero que trata de dar a entender en sociedad lo que no existe entre ellos. Enterado el marido, lo invitó a visitarlos y la relación transcurre bien hasta que Sempronia decide dejar al caballero. Este le pide cuentas al marido que, al sentirse ofendido, lo reta y lo mata. A partir de entonces, el matrimonio se fue a vivir al campo donde Sempronia lloró su comportamiento.

¹⁵ Un ejemplo claro de esta actitud por parte de los autores lo encontramos en las obras de nuestro siglo de oro dedicadas al tema de la mujer vestida de hombre. Ved al respecto los trabajos de Bravo Villasante, C.: *La mujer vestida de hombre en el teatro español, siglos XVI-XVIII*. Madrid, Rev. de Occidente, 1955; Mckendrick, M.: *Woman and society in the Spanish drama of Golden Age: A study of the Mujer Varonil*. Cambridge, Cambridge University Press, 1974. Asimismo, recordemos el teatro de Molière y en especial sus «Preciosas ridículas».

También algunas obras de Moratín utilizan en parte esta estrategia teatral, aunque con sustanciales diferencias. Su crítica va dirigida hacia usos tradicionales que resultan perniciosos en su época para el bienestar social y el del matrimonio, como la diferencia de edad de los esposos, origen de las infidelidades femeninas. Aparentemente en su final la voluntad transgresora de los jóvenes se impone, pero en realidad lo que se ha modificado es la decisión paterna en el sentido de los deseos de aquellos y los hijos, por tanto, no hacen sino obedecerla, como es su obligación. Vid: Andioc, R.: *Teatro y Sociedad en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, Castalia, 1988; Capel Martínez, R. M.: «Mujer, sociedad y literatura en el Setecientos español». *Cuadernos de Historia Moderna*, Madrid, N° 16, 1995, pp. 103-119.

dejar claramente especificados en el prólogo y en el párrafo final con el que termina su escrito.

Como testigo de su época y, quizás también, por su experiencia de confesionario, el autor se siente preocupado por las consecuencias que han tenido los usos y costumbres implantados en la sociedad española a lo largo del siglo. De aquellas, las que más despiertan su inquietud, dado que elige escribir sobre ellas, son las que afectan al matrimonio, institución básica de la familia, elemento esencial del organigrama social y sacramento para los católicos. Si esta última característica podía resultarle la más familiar por su condición de clérigo, no será la que atraiga en esta ocasión sus consideraciones. No es un tratado teológico al uso, dirigido a un restringido grupo de expertos eclesiásticos o licenciados en derecho canónico, lo que pretende escribir. Tampoco tiene interés en entrar en debates ni refutar los errores que algunos laicos, llevados por la moda, han dicho sobre el tema. Con una visión más cotidiana, para unos más prosaica, para él mismo más útil, en cualquier caso menos polemizadora, se va a centrar en desgranar los males que aquejan al matrimonio desde el punto de vista de su realidad cotidiana. Ahora bien, no se limitará a la mera denuncia de esos males y sus causas como era habitual; intentará también ofrecer soluciones en forma de reglas y preceptos que ayudaran a evitarlos, inspirándose —cómo no— en la razón. Esta perspectiva mundana, y a la vez práctica, era sin duda novedosa y no muy frecuente en la publicística sobre el tema, por ello encontró opositores entre la clerecía. Tal sería el caso de los dos primeros calificadores inquisitoriales y quién sabe si también el del anónimo delator. Para la Iglesia, el matrimonio institución social y el matrimonio sacramento eran dos hechos inseparables y de ambos, el segundo se consideraba el más importante, de ahí el volumen de tratados existentes. A pesar de todo, nuestro abate sigue prefiriendo la primera perspectiva y en su ánimo no estaba sólo el afán de instruir, también lo estaba el de divertir. Por eso, al final de la obra nos dice que posiblemente el lector ya conociera cuanto ha contado pero nada importa si tal ocurre siempre que la lectura no le haya resultado fastidiosa. En suma, lo que pretende es algo tan propio de la Ilustración como el educar divirtiendo.

El enfoque que da al análisis del tema es asimismo hijo de su época y de su estado religioso. La historiografía más reciente y los escritos coetáneos han dejado testimonio de la relajación de costumbres que entre ciertas capas sociales, especialmente alta burguesía y nobleza, se produce a lo largo del siglo XVIII y cómo esta nueva liberalidad permite una cierta mayor libertad de movimientos en sus salidas a las mujeres casadas. Los espacios de sociabilidad se amplían y con ellos las ocasiones de contacto con los integrantes del sexo opuesto. Algunas de estas ocasiones darán a las mujeres la oportunidad de promoción cultural

y social —salones¹⁶—, otras, sólo de diversión —paseos, teatro, toros, botillerías, baños... Empero los nuevos usos no concitan el asentimiento unánime y con frecuencia se convierten en piedra de escándalo para muchos, hubiese o no razones que lo justifiquen. De entre todos los comportamientos a la moda, uno va a ser el blanco de los ataques más acerados: el del cortejo, costumbre venida de Francia, que rápidamente arraiga en las ciudades españolas y sobre todo en Madrid¹⁷. La crítica que merecen tanto ésta como el resto de las nuevas normas tiene en realidad un único punto de origen: el ser propiciadoras de la infidelidad dentro del matrimonio. Una infidelidad que todos ven en expansión y a la que se hace fuente original del peligroso proceso de disolución socio-familiar que los espíritus más apocalípticos vaticinan para un inmediato futuro.

Nuestro abate comparte plenamente este punto de vista, por ello especifica que dirige su obra a

«los hombres prudentes y. mugeres respetables, que amándose honestamente y con ternura, quieren instruirse en los peligros, desórdenes y escollos que los rodean para prevenir los daños que de aquí pudiesen resultarles»¹⁸

Sin embargo, la intención expresada de tener por interlocutores a ambos cónyuges apenas va más allá de estas líneas y del título de la obra. De igual modo que el resto de sus contemporáneos, el problema de los nefastos efectos de la infidelidad el autor lo refiere sólo a las mujeres aún reconociendo que el número de esposas infieles es menor que el de esposos y que éstos pueden conducir a aquellas a tal actitud al hacerlas infelices. Poco importan tales consideraciones, el delito masculino es más excusable porque *«la vaga libertad y*

¹⁶ Véase: Anderson, B. S. y Zinsser, J. P.: *Historia de las mujeres: una historia propia*. Barcelona, Crítica, 1991, vol. 2, pp. 125-153. Fernández Quintanilla, P.: «Los salones de las damas ilustradas madrileñas en el siglo XVIII». *Tiempo de Historia*, Madrid, N° 52, marzo 1979, pp. 44-54 y *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*. Madrid, M° de Cultura, 1981.

¹⁷ Sobre los cambios ocurridos en las costumbres amorosas de los españoles del setecientos, véase la obra clásica de Carmen Martín Gaité: *Usos amorosos del dieciocho español*, aparecida en 1972 y de la que se han realizado varias ediciones posteriores. Asimismo, los viajeros ingleses se hacen eco de esta práctica en sus obras, especialmente cuando se refieren a la sociedad madrileña, y lo hacen entre sorprendidos y críticos hacia ella al ser un país tan católico. La obra de Townsend, que visita España entre 1768 y 1787, es un ejemplo.

Vid: Guerrero, A. C.: *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid, 1990; Capel Martínez, R. M.: «Il 'tour' iberico: costumi, avventuri, ricordi e opinioni dei viaggiatori inglesi nella Spagna del Settecento». *Dimensioni e Problemi della Ricerca Storica*, Roma, N° 2, 1995, pp. 139-168.

¹⁸ *Consideraciones políticas...*, pp. X-XI.

natural desenvoltura» de los hombres hace que siempre quede separado de «*circunstancias vergonzosas*», mientras que el femenino «*comparece odioso a nuestra vista*» porque implica dejar el camino de la virtud, perder «*la modestia, la fidelidad, la castidad, ... las dotes y prerrogativas, tan grandes como preciosas*» con que la naturaleza dotó a las mujeres. Y la condena que ello merece no es menor porque con frecuencia los rumores esparcidos sobre su conducta no responden tanto a hechos reales como a la «*vanidad de los jóvenes, el despecho de los amantes desgraciados, la maledicencia de los bufones*». Esta diferente valoración que la infidelidad de uno u otro sexo merece creemos que está en la base de la conclusión, a todas luces exagerada, a que se llega al final de la obra y que se expresa en los siguientes términos:

«*La verdadera conclusión de este libro es que la fidelidad de los maridos es una virtud recomendable; que la de las mujeres ácia sus maridos, es una excelente y muy rara virtud; y que el amor es muy peligroso*»¹⁹.

En la anterior argumentación sobre las consecuencias de la infidelidad podemos encontrar ecos de los cambios que se están produciendo, sobre todo en los países protestantes, acerca de las condiciones espirituales de los dos sexos. Por vez primera, a los hombres se les considera más lascivos, por ende, carecen de las cualidades precisas para mantener la constancia moral y se les exime de ella; más aún cuando sus deslices sexuales no tienen mayores consecuencias directas para ellos ni para las familias que legítimamente han constituido. Las mujeres, por el contrario, al reputárseles una naturaleza espiritual menos lasciva y más fuerte tienen la obligación de ser virtuosas pues, además, el valor de la femineidad se identifica con el valor moral y la fuerza interior para mantener su pureza. De ahí, que perder ésta equivalga a dejar de ser mujer²⁰.

Mas no resulta fácil a las integrantes del sexo femenino salir triunfantes del empeño. Su fortaleza moral se ve constantemente amenazada por su debilidad natural, la mayor fuerza de sus pasiones y la existencia de hombres que «*sólo ocupan su ociosidad y emplean sus cuidados en hacerlas caer*». Ante el furor de una pasión violenta no existen barreras que las detengan: ni el pudor puede oponerse a sus deseos; ni la obligación del matrimonio a la licencia y la perfidia; ni siquiera su innata timidez, que «*no las consiente*

¹⁹ Cfra.: *Consideraciones políticas...*, p. 133.

²⁰ Vid: Armstrong, N.: *Deseo y ficción doméstica*. Madrid, Castalia, 1991; Leites, E.: *La invención de la mujer casta. La conciencia puritana y la sexualidad moderna*. Madrid, Siglo XXI, 1990.

enredarse en comunicaciones, que por naturaleza son tan peligrosas como culpables»²¹. Semejante autoindefensión haría correr el riesgo del caos a la sociedad salvo que contase con buenos colaboradores que le ayudasen a evitarlo. Esos colaboradores son los esposos, obligados a actuar cerca de sus mujeres por el papel que tradicionalmente se les asigna dentro del matrimonio. Primeramente, son su auténtico pilar y la única fuente de autoridad en su seno. En segundo lugar, porque sobre ellos y su honor recaerá la falta cometida por las esposas. Tercero, porque sus principales deseos deben de estar en que aquellas se «instruya(n) unicamente en agradarle y en cumplir aquellas tiernas obligaciones que le impusiese la Naturaleza, la Religión y el Estado»²².

Conforme con todo lo anterior, Albuichec hace recaer sobre los maridos, al modo que Rousseau sobre su Emilio, la función de educar a sus cónyuges, de enseñarles cuál es el camino recto corrigiendo sus errores y ayudándolas a superarlos. Ello explica que todas las reglas y preceptos que contiene la obra se dirijan exclusivamente a los hombres. Son ellos quienes deben saber las causas que ocasionan sus reveses para que puedan prevenir sus malos efectos. Mas, conocedor del carácter humano, nuestro autor recomienda repetidamente que esa ayuda se conceda siempre con mucha prudencia para evitar rebeliones u ocultamiento de los extravíos que ocasionarían daños peores. Esta actitud, unida al hecho de que las actuaciones que aconseja están regidas por la razón, hará verosímil que la exacta práctica de sus consejos no sea infructuosa. Ahora bien, como clérigo que es no puede dejar a un lado el papel que los sentimientos religiosos y la doctrina de la Iglesia en esta materia han jugado como controladoras de las pasiones femeninas durante siglos. Si la razón es útil, más seguras quedarán las esposas en sus deberes si los maridos

«llenos del verdadero espíritu del cristianismo supiesen inspirarlas verdaderos sentimientos de religión. No deben catequizarlas, como misioneros, ni predicarlas austeridad, como un austero penitente; sino hacerlas comprender con rostro sereno, las estrechas obligaciones que nos impone la fé, compatible siempre con la naturaleza...»²³.

Las buenas intenciones que guían a nuestro abate en su empresa parecen claras, aunque no podamos, desde nuestra perspectiva, compartirlas. Veamos ahora qué tipo de asesoramiento ofrece.

²¹ Cfra.: *Consideraciones políticas...*, p. 6.

²² Cfra.: *Ibidem*, p. 124.

²³ Cfra.: *Ibidem*, p. 117.

RECETAS Y CONSEJOS PARA PREVENIR LOS REVESES MATRIMONIALES.

El concepto de matrimonio del que se parte en la obra concuerda, obviamente, con la doctrina católica. Se trata de uno de los estados de la vida muy santos y al que la naturaleza convida a llegar por tratarse del «*principal y único medio para la propagación de la especie humana*». Las ventajas que de él se derivan para quienes lo adquieren son múltiples: satisfacción de los deseos más tiernos y urgentes; oportunidad de contar con los más fieles consejos y auxilio en los negocios; seguridad, en fin, de compartir la alegría de los momentos prósperos y hallar consolación en las desgracias. El hombre, además, encontrará «*un otro ente identificado consigo mismo de quien no le puede separar nada en esta vida, y tiene buen cuidado de cumplirle los últimos deberes*»²⁴. Por qué el autor no concede a la mujer participación en este último provecho ni especifica ningún otro exclusivo para ella es algo que no nos resulta posible saber. Quizás su actitud venga determinada por considerar, como dice en algún momento, a las integrantes del sexo femenino «*la parte subalterna de la unión conyugal*», aunque en modo alguno vil, despreciable o esclava.

Dada la trascendencia vital otorgada al matrimonio, es lógico que los futuros cónyuges tengan el máximo interés puesto en no verse afectados por los problemas de infidelidades de las esposas. Las dos primeras recomendaciones que con carácter general da nuestro abate van dirigidas a prevenir el mal, terapia más aconsejable que la del tratamiento. Lo primero es realizar una elección cuidadosa de la pareja, empeño en el que toda precaución es poca y del que hay que excluir, cuanto sea posible, la sorpresa. Tres consideraciones se nos dice que son las esenciales: procedencia social, virtudes y educación. Siguiendo las costumbres vigentes se estiman las mejores esposas las procedentes del mismo grupo o de alguno inferior, nunca de los superiores pues las de noble cuna o gran riqueza cuando no casan con alguien igual acaban esclavizándolo con sus pasiones. Asimismo, es preferible la virtuosa a la bella pues ésta es una fuente constante de inquietud al atraer muchos amantes. En cuanto a la educación, es el valor más destacado, incluso por encima de los anteriores. «*La buena educación añade siempre muchos grados de bondad á la índole*», se nos dice. Mas no es una educación erudita en la que se piensa al escribir esto. Las mujeres sabias —lo veremos después— tampoco son fiables por estar siempre rodeadas de preceptores y no tener el marido autoridad para separarlas de éstos. Se trata de buscar «*doncellas educadas por padres cristia-*

²⁴ Cfra.: *Ibidem*, p. 4.

nos» de las que nada hay que temer porque su virtud inspira seguridad, su sumisión produce tranquilidad y «*los ahorros que hiciere, con su economía y moderación equivaldrán a las riquezas que pudiera traer en dote*»²⁵. De nuevo encontramos, en esta última frase, resonancias de algunas de las ideas emergentes sobre las cualidades domésticas máspreciadas en la mujer. El ideal aristocrático vigente, basado en la vida ociosa, superficial y llena de lujos, va siendo arrinconado en los libros de instrucción para niñas por otro del que la discreción, la modestia y la frugalidad son elementos esenciales y en el que las integrantes del sexo femenino tienen asignada la responsabilidad de administrar adecuadamente los ingresos aportados por el marido y transformarlos en calidad de vida para el grupo.

El segundo método preventivo que se recomienda para asegurarse un matrimonio sin sobresaltos es el propio comportamiento del esposo. El es el espejo en que se mira la mujer y si la desea fiel y honesta debe empezar por darle ejemplo. La honestidad le garantizará la estimación femenina y ésta mantendrá a la esposa «*en lo que debe a su marido*», la rendirá «*sin pena al jugo (sic) que la impone la obligación*». La debida fidelidad permite a los casados arrojar «*de sí, a su mas poderoso enemigo; hace insensible á su muger, a todas las dulzuras de los amantes; y la hace poner toda su atención en la paz, y en los intereses de la casa*»²⁶. Por el contrario, el hombre infiel deja libre la entrada a los seductores y da a la mujer razones para imitarle.

Si las dos cualidades anteriores son esenciales para el buen futuro de la vida conyugal, no son suficientes para garantizarlo a largo plazo en opinión de nuestro autor, que semeja avezado psicólogo. El paso de los años y la seguridad de la posesión apagan el deseo, dando ocasiones para la caída. La forma de evitarlo es acompañando la fidelidad masculina de atenciones y respetos, sin olvidar mantener el «*bien parecer*» con que se las conquistó. Ahora bien, tales demostraciones han de hacerse con una cierta mesura para evitar que las esposas presuman demasiado de su poder y olviden «*las ideas del respeto, y de la superioridad de la clase del marido*». Lo ideal es que «*sucedan al marido al amante, y el amante al marido; pero que domine siempre el marido*»²⁷.

Tampoco es bueno que el matrimonio haga desaparecer el pudor femenino, reputado como el bastión más fuerte de la virtud. Por eso se desaconsejan las conversaciones que puedan ofender la castidad y el abuso de las relaciones sexuales, que las acostumbrarían a las indecencias.

²⁵ *Ibidem*, pp. 12-14.

²⁶ *Ibidem*, p. 22-29.

²⁷ *Ibidem*, pp. 25-26.

En la tarea de prevenir los devaneos amorosos de su pareja, los maridos pueden usar de otros medios que no sean sólo el propio comportamiento y que vendrán a ayudarles en sus propósitos. Uno es el de hacer que las esposas conozcan la buena opinión que les merece su prudencia y el rechazo que les produce la infidelidad, hasta el extremo de haberles retenido en la decisión de casarse y llevarles a apoyar la aplicación de las leyes más duras a las culpables de tales delitos. También es lícito, casi diríamos imprescindible, contar con la colaboración del servicio doméstico mediante gratificaciones, en unos casos, o amenazas de despido, en otros, y procurar que las mujeres lo sepan e incluso crean que se les paga más de lo real, para que desistan de buscarse apoyos entre los criados. A este respecto, además, se debe evitar la contratación de viudas, *«pues son muy libres en las conversaciones amorosas; y hábiles en explicar los rodeos de una intriga de amor»*, así como el contacto con las nodrizas, generalmente complacientes *«en servir las en sus negocios de galantería»* para eludir el despido o, en el mejor de los casos, el enfado de la señora. Finalmente, otro medio infalible es procurar enterarse de las relaciones y conversaciones que mantiene la esposa cuando sale o recibe visitas y hacerle conocer que lo sabe porque lo habló en sueños, así hará nacer en ella temor a sus declaraciones nocturnas y contendrá su comportamiento.

Si pese a todas las precauciones adoptadas la conducta femenina ofreciera motivos de queja al marido, éste deberá reprender a su mujer pero sin utilizar la fuerza ni palabras *«grandes y picantes»* que a nada conducen. Es más efectivo, de cara a conseguir la mutación deseada, hacerle sentir su justo despecho y reducirle el presupuesto para vestidos y gastos, castigo que, a decir del autor, *«le será más sensible, y no la ofende tanto; porque no dexa vestigios, ni imaginaciones odiosas, impresas en su memoria, y le permite que se sujete á su deber, mas por la razón, que por la fuerza»*²⁸.

Las reflexiones y consejos hasta aquí analizados están contenidos en la primera parte de la obra. Mas aunque confiaba en su utilidad, la generalidad que les caracteriza debió de hacer pensar a nuestro autor que no eran suficientes. En la sociedad española de finales del dieciocho existían, desde su punto de vista, otras *«pasiones particulares»* de las mujeres que no eran fáciles de contrarrestar y precisaban de remedios más específicos. La segunda parte del libro se dedica a hablar de ello, pasando por sus páginas estereotipos femeninos muy conocidos —la ricas, las bellas, las galantes, las sabias— y otros menos nombrados —las jugadoras, las prudentes.

²⁸ *Ibidem*, p. 26-27.

A TALES MALES, TALES REMEDIOS

El hombre, a pesar de haber tomado todas las precauciones necesarias en la elección puede acabar casando con alguna mujer presa de una de las denominadas «pasiones particulares» y para la que su comportamiento fiel y honesto no es antídoto suficiente. De ser así, no debe desesperar ni dar su honor, mucho menos, su matrimonio, por perdido. Representante excepcional de la confianza que los ilustrados depositan en la capacidad humana para corregir los errores de la naturaleza, nuestro autor asegura que en todos los casos existe la posibilidad de corrección antes de que sea demasiado tarde y los instrumentos de los que se puede disponer para ello son tan diversos como los motivos que obligan a actuar.

El **lujo** es considerado la pasión femenina más común y dominante, porque «*un exterior brillante*» es el camino que siguen las integrantes de este sexo para ganarse el respeto del mundo, incapaces como son de acciones heroicas. Además, la sensibilidad que muestran los hombres hacia «*estos alicientes extraños*» contribuye a hacerlas más vanas. Tal juego de complicidades, socialmente admitido, acaba haciendo de las mujeres «*bien dotadas*» las más caprichosas, sin que los maridos osen oponérseles para evitar males mayores. Sin embargo, están siendo comprometidos su honor y su bolsa. Para conseguir salvar ambos, es imprescindible que, al comienzo, el esposo actúe con la generosidad y largueza necesarias para que la esposa acepte su autoridad y consiga ser el único que satisfaga sus deseos. De este modo evitará peligrosas independencias. Pondrá también gran cuidado en alabarle su talento y las otras cualidades naturales que posea a fin de «*ir preparándola insensiblemente para sufrir el golpe*» que sin duda representarán para ella las primeras negativas a complacerla en aquellos lujos que superan «*los justos límites*» de la posición social de aquel con quien se ha casado. Estas negativas deberán de ser hechas con buenas palabras y justificarlas no en el deseo de privarla de lo que por su condición se le debe —acción harto reprobable— sino con el laudable fin de que su fortuna no se agote pronto para que siempre pueda hacer frente a sus gastos. Si la mujer persistiese en su actitud derrochona, habría llegado el momento de que el marido la reprenda con firmeza, sólo mitigada cuando notase que estaba furiosa. Entonces, debe dejarla que «*exhale sus fuegos*» pero sin dar marcha atrás en su postura. Esta firmeza la considera el abate solución infalible para ganar definitivamente la batalla y que la esposa termine con sus dispendios de forma voluntaria.

La **belleza** en las mujeres parece a D. Pascual Albuichec «*el escollo más peligroso de los maridos*» por las violentas pasiones que despierta. Sin embargo, como contrapeso, suele ir acompañada de la fuerza y a ello se debe

que las bellas no se rindan fácilmente. Se necesitan tiempo, perseverancia y regalos para conquistarlas y ese tiempo suele ser suficiente para que el esposo, alertado, impida su deshonra. Eso sí, advierte, siempre que no se haga *«oportuno por los celos, ni odioso por el temor»*. El primer paso a dar es obligar a la esposa de forma indirecta a portarse bien y ello empieza por dejarle una moderada libertad de movimientos que le permita gozar *«honestamente»* del mundo:

«Un marido no debe abandonar á su muger, á la libertad de asistir incesantemente á las concurrencias, ni de mezclarse indiferentemente con toda especie de personas; pero tampoco ha nacido ella esclava.; no hay cosa que la incline mas á evadirse, que el aspecto de una prisión... porque á las mugeres las parece que abrogandose los maridos el derecho de encerrarlas, las dexan tambien el derecho de escaparse siempre que puedan»²⁹.

También debe manifestarle sus sentimientos, procurarle la compañía de parientes o amigas virtuosas y no olvidar lisonjear su belleza y exaltar más aún su virtud, haciéndole creer que todos la estiman por ella. Este suele ser un camino seguro para obligarla a portarse bien. Si a pesar de todo ella cayese, el marido debe procurar entonces romper la unión. Empezará por hacerse amigo del amante y procurará coincidir con ellos para que al ver éste que le presta más atención a él, desista de sus propósitos. Esta estrategia también le ofrecerá una segunda baza a favor de sus objetivos, caso de que falle la anterior. La amistad con su oponente permitirá al hombre hablar mal de éste ante su mujer y tener la oportunidad de desacreditarlo acusándolo de libertino sin que ésta recele de sus intenciones. De este modo, la predispone a que sea ella quien tome la decisión de la ruptura. Si aún así persistiera la amistad, deberá ser el esposo el que ponga fin a su relación con el amante en la seguridad de que la esposa imitará la decisión voluntariamente y, de no hacerlo, podrá exigirselo. Nuestro eclesiástico no va más allá en su discurso por esta ocasión. La posibilidad de una negativa femenina como respuesta a esta exigencia o no le había ocurrido nunca o ni siquiera es capaz de imaginarla dada la debida obediencia de las mujeres a los maridos.

Las **damas galantes** son el fruto más característico del siglo y pese a lo que suelen gustar de aparentar, no considera el abate valenciano que sean fáciles ni frágiles, sino todo lo contrario; a más de egoístas y *«enemigas de quejas y de suspiros»*. Aprecian *«mucho los obsequios corteses»*; gustan de acudir a festines donde el vino, la comida, el baile excitan la alegría natural *«mas allá*

²⁹ *Ibidem*, p. 73.

de lo que permite el honor de un marido»; disfrutan con la compañía de los petimetres que primero las «previenen en su favor por la transformación de sus cabellos, por llevar ajustado el cuerpo y por la desnudez de su pecho» para luego ganar su corazón con murmuraciones sobre las damas que más desagradan a la que ellos obsequian. Estos personajes son los más peligrosos para los esposos y conviene que los alejen del lado de sus mujeres cuanto antes. Sin embargo, deberán imitar su comportamiento con fidelidad durante los días inmediatamente posteriores a la separación a fin de que la dama olvide su memoria. No obstante, la victoria en la primera batalla no significa ganar la guerra. Los amantes, pasado un tiempo, intentarán volver de nuevo, buscando, casi con seguridad, otros lugares de cita. Cuando tal sea la sospecha, el marido deberá primero confirmarla vigilando, sin que la esposa lo note, sus amistades y reuniones e invitándola a compartir un día en el campo en su compañía y la de otros amigos. Si ello le provocase tristeza, puede estar seguro de su «mal deseo» y su actuación debe encaminarse a evitar que la esposa advierta al amante del obstáculo acordando «dexar ellos la conferencia para otro día». Lo que conviene es que el amante haga el gasto y se le fustre el intento de verse obsequiado por su dama; el petimetre, por su carácter ligero, se sentirá enfadado por el desembolso económico inútilmente realizado y creyéndola infiel o indiferente se irá a buscar a otra. La separación habrá de reforzarse en los días siguientes limitando la libertad de movimientos de la galante para que no pueda volver a encontrarse con él y toda la actuación del marido sirva más para fortalecer su amistad que para desunirlos. En el caso de que los amantes consiguieran contactar y postergar la cita, aún existen recursos para salvar la situación. El comportamiento recomendado ahora es exactamente el contrario del anterior. El esposo deberá salir pronto de casa so pretexto de tener que resolver algunos negocios urgentes, ocultarse en un lugar cercano para controlar la salida de su mujer y seguirla hasta donde haya concertado la cita, entrando en el lugar poco después que ella. Atribuirá su presencia allí a una nota anónima que fue metida en su bolsillo el día anterior, dando a entender que debió ser su señora quien lo hizo apresuradamente para ocultarla. La dama galante, sorprendida ante quien la obsequiaba, «supondría mucha perfidia en su amante y la mayor indiscrecion; y su enfado la haria convertir el amor en desprecio, ó aversion»³⁰; el amante creería que era un juego concertado y que lo engañaba; la confidente, en fin, creyéndose descubierta y temiendo las consecuencias de su acción no querría «servir mas los amores». De este enfado generalizado de los protagonistas saldría la decisión de no renovar la intriga.

³⁰ *Ibidem*, p. 101.

Seguir todos los pasos hasta aquí propuestos exigía de los maridos notable previsión y no menos destacadas dotes teatrales, pero además se les dice que la circunspección debe de ser el rasgo por excelencia de sus acciones ante las sospechas que sobre la virtud de una dama galante puedan suscitarle su comportamiento. El rumor más leve ya supone una infamia y da qué hablar a la gente; sin olvidar que este tipo de mujeres cuando ven perdida enteramente su reputación no necesitan muchos ruegos *«para vengarse del autor de su afrenta, y para confirmarle realmente un título que quiso darle él mismo injustamente»*³¹. Asimismo, no es bueno obligarla a que viva sólo rodeada de gentes prudentes, pues ello la hace más sensible a las galanterías ajenas. Es más conveniente que de vez en cuando, no con mucha frecuencia, se encuentre en la compañía de mujeres alegres que satisfagan su espíritu, así no tendrá ocasión de pensar en otra cosa y ello, unido a la fidelidad marital, libertará *«infaliblemente»* el honor masculino *«del naufragio»*.

Respecto de las **mujeres sabias**, la opinión de nuestro abate entra de lleno en el grupo de quienes se mofan de las inquietudes culturales femeninas y tratan de ridiculizarlas. El ansia de saber, tan excelsa cualidad referida a los hombres, constituye en las integrantes del que Simone Beauvoir denomina segundo sexo una de esas pasiones que ponen en peligro la felicidad conyugal y hacen que no se pueda contar mucho con su fidelidad. Porque *¿«que otra razón podría inducir las, á que se rompiesen la cabeza con el estudio de cosas tan extrañas á sus ocupaciones y necesidades»* que el ocultar sus amores bajo la excusa de instruirse? Mas con ser éste el mayor de los males que pueden ocurrir al esposo de una sabia, no es el único. La cotidiana convivencia suele resultar difícil pues no encuentra reparos en tratarlo como necio delante de todos y aún peor en privado. Tampoco acepta órdenes ni reconvenciones sin hacerle blanco de toda su elocuencia

*«Las mugeres tienen un placer tan grande en servirse de los nuevos y sabios modos de hablar; y son tan zelosas de ostentar su ciencia, que se sirven de ella para expresar sus sobresaltos, sus acaloramientos, su alegría, sus pesares, sus pensamientos mas secretos; y finalmente, hacen ostentacion de ella hasta en los placeres amorosos»*³².

Al final, al marido no le queda otro camino que abandonar su casa. Para evitar tan terrible decisión sólo se le ocurre al autor un consejo: evitar casar *«con una doncella que hubiese leído la Enciclopedia»* o, en caso contrario, oponerse a tiempo al furor de saber de su esposa. Esto no quiere decir que la

³¹ *Ibidem*, p. 103-104.

³² *Ibidem*, p. 123.

deseo analfabeta, sino, simplemente, educada con discreción; dicho de otra manera, con el barniz cultural adecuado a su condición y a su siglo. La mujer, nos dirá el autor, para ejercer su superioridad de espíritu no necesita del pedantismo de los sabios ni conocer memorias académicas. Le van mejor la poesía sencilla y las obras ligeras que la entretengan al mismo tiempo que estimulan su gusto por la lectura. Si el deseo de aprender filosofía llegara a apoderarse de ella, el marido debería tratar de que sólo llegase a «una filosofía amable que la enseñará solamente á observar y á templar» las pasiones masculinas y a formarse una libertad que no molestase a los otros; que le sirviera para

«prolongar la corta duración de los placeres, para soportar la inconstancia de un amigo, la rudeza de un marido, la importunidad de los años, y el enfado de las arrugas; y para hacerlas finalmente mas felices toda su vida»³³.

Lo que el autor no especifica en ningún momento es a qué se refiere en concreto cuando habla de una «filosofía amable». ¿Se refiere acaso a la moral estoica pasada por el tamiz de cristianismo o sólo está aludiendo de forma implícita a la consabida capacidad femenina de sacrificio y de actuar como lubricante eficaz de las relaciones familiares y sociales a fin de evitar los roces que el pronto genio masculino provoca? La respuesta exacta nos quedaremos sin saberla, aunque mucho nos tenemos que las ideas de Albuichec fueran en la línea de la segunda posibilidad.

De esta desconfianza general que, hemos visto, suscitan «a priori» ciertas mujeres parecen escapar las **prudentes**. El hecho de que no les diviertan los festines ni que las traten como «á Danae» deja reducidas las oportunidades de afrenta a los maridos y, por tanto, pueden considerarse las más fiables. Ahora bien, el pesimismo sobre la naturaleza femenina del abate hace que inmediatamente después de reconocer esto quiera borrar todo vestigio de alivio que la afirmación hubiera podido generar en el hipotético lector. Con gran rotundidad atribuye tal actitud de la prudente no a que posea una virtud más sólida sino a que es esclava de la fama. Por ello, cuando la intriga se prepare de forma secreta puede caer con facilidad, sobre todo, si el candidato no es un hombre a la moda sino un semi-filósofo maduro al que escuchará de buena gana. El tiempo, «las reciprocas pruebas de sinceridad, de discreción, y de estimación» acabarán generando una relación amorosa de la que le resultará muy difícil triunfar al marido porque

³³ *Ibidem*, p. 126.

«no es ningun fuego encendido por casualidad, como el de una galante; sino una llama que penetra y envuelve el corazón de la muger prudente, con tanta mas violencia por haber sido por mucho tiempo preparado por las sumisiones, con los respetos, y por las alabanzas sencillas y sinceras; y por tanto mas durable»³⁴.

Este «*accidente*», sigue diciendo nuestro autor, es fácil de preveer: basta con evitar que «*Madama*» reciba visitas frecuentes de la misma persona y con asegurarle que el resto de los maridos que la conocen la «*daban por ejemplo á sus mugeres*». Ello bastará para que prefiera morir como Lucrecia antes que manchar su virtud. Pero si la negligencia marital diese oportunidad a la falta femenina, será fácil descubrirlo porque la prudente no sabe fingir como las otras. Su trato hacia el esposo se vuelve frío y no desaprovecha ocasión de referirse al mérito del amante. Cuando tal ocurre, se hace precisa la inmediata intervención para evitar la ejecución de lo planeado y el esquema de acción es más directo que el recomendado para otras ocasiones. El esposo ha de recriminar directamente a su mujer alternando con habilidad los estados de ánimo a lo largo de su discurso. «*Los movimientos de cólera*» le servirán para hacerle conocer el enfado que sufre por su comportamiento; la sorpresa, para indicarle que nunca hubiera podido imaginar que le obligase a dudar de su fidelidad; la voz elevada, para decirle que pensaba tener derecho a una vida tranquila «*bajo la guarda*» de su virtud y, en cambio, ahora ha de temer todos los daños; finalmente, la serenidad, para autoreprocharse las injustas sospechas que ha albergado, afirmar que es la más prudente de las mujeres y que está siendo presa de los celos fruto de su amor por ella. Esto le sonará a la esposa a arrepentimiento, la lisonjeará y se conseguirá que acepte lo que se le ha pedido de forma más airada. En adelante ya no habrá motivo de preocupación sobre su comportamiento; pero si el marido quiere asegurarse de ello deberá dejar pasar unos días y recriminarle de nuevo su conducta e, incluso, amenazarla con el desprecio, el desorden y el abandono si vuelve a caer. Ella deberá responder quejándose de la suerte que la expuso a tales amenazas, de esta manera estará seguro de su decisión de dejar al amante. En el caso de que quedase cortada, confusa y quisiera «*suplir con lágrimas la falta de sus razones*» sería señal de que tenía algún plan de encontrarse de nuevo con el amante, pero renovadas recriminaciones le harán desistir para siempre. La prudente no osará ya comportarse de otra forma por miedo; más aún, si se le hace creer que ha sido otra mujer de la que partió el aviso sobre sus ilegítimas relaciones y, en consecuencia, sentirse espiada.

³⁴ *Ibidem*, p. 113.

Además, buscará la amistad con mujeres virtuosas para desmentir cualquier murmuración.

En este repaso a las pasiones femeninas nos queda, para terminar, referirnos a las **jugadoras**. El juego es para Albuichec una pasión digna de prohibirse por ser la más tirana, la que menos divierte y la que más estragos causa dentro de las familias y a las personas que caen en ella. Es precisamente esta destrucción que le acompaña la que hace que resulte más extraño verla en las mujeres; sin embargo, cuando arraiga entre ellas, lo hace con tanta fuerza que es muy difícil desposeerlas de tal afición: *«una muger no corre nunca tanto peligro, ni expone jamás tanto á su marido, como quando sigue todos los movimientos de esta maldita pasión»*. Por ello, si el hombre ha tenido la mala fortuna de casarse con una jugadora, el tratamiento del mal ha de ser inmediato para que no se fortalezca, indirecto para evitar que se avergüence y radical para no dar pie a que resurja. Aunque nuestro autor va a recomendar varias actuaciones, la primera le parece ser la de eficacia más inmediata y decisiva. Consiste ésta en que el marido se haga también jugador y sus pérdidas le hagan estar siempre malhumorado; la mujer reaccionará pidiéndole una conducta más regular pero no debe de ceder en su actitud hasta *«dexar caer á su casa en alguna necesidad urgente, cuyo rigor fuese bien conocido de su muger, y pudiese atribuirlo á sus pérdidas»*³⁵. Las quejas de ésta y sus llantos alcanzarán entonces cotas máximas, habiendo llegado el momento de que el marido ponga orden en su vida, abandone el juego y devuelva la abundancia al hogar. Todo ello lo realizará, además, dándole continuas gracias por haberle abierto los ojos, lo que la complacerá en gran manera. La experiencia vivida hará que no se atreva a contravenir los preceptos que hubiese dado sino a cumplirlos ella misma; el miedo a los desórdenes y desesperación soportados le hará ahogar la pasión propia. Que de aquella actuación se derivará esta solución es algo de lo que no le cabe la menor duda al autor; sin embargo, contiene no pocos riesgos en los que más bien no parece reparar. También pudiera ocurrir que la pasión ganara al marido y el matrimonio acabara teniendo dos miembros jugadores, lo que multiplicaría el desastre. Aunque, ya lo decimos, Albuichec no tuviera en cuenta esta posibilidad, si es consciente de que la radicalidad del consejo hará que existan maridos que desechen su práctica o no estén en condiciones de usarlo. Para éstos tiene otras propuestas, desde su punto de vista más fáciles y sencillas.

La primera, sin embargo, no resulta menos expeditiva que la anterior. Se trata de que el esposo consiga provocar tal desorden y caos en la casa que

³⁵ *Ibidem*, p. 87.

haga sentirse a la mujer culpable por el tiempo que pasa dedicada al juego. Comenzará por despedir poco a poco a los criados, incluida la camarera, acusándoles de negligencia durante la ausencia de la señora y lo probará «*con muebles destruidos, con piezas quebradas, y por su tocador desarreglado*». Además, dará las órdenes tarde al cocinero para que cuando regrese «Madama» tenga que esperar la cena y no halle en la casa suficientes provisiones para el día siguiente. Todos estos inconvenientes serían suficientes para ofender su vanidad y sujetarla al gobierno doméstico, sin olvidar la afrenta moral y física que sufriría «*quando la falta de criados la hiciese resfriar con frecuencia por tener que salir á abrir la puerta*»³⁶. En adelante, bastará con alabarle el orden y tranquilidad que reina en la casa desde su cambio de actitud para que no vuelva a caer en su negativa afición.

Tras estos dos primeros consejos con propuestas tan activas, nuestro abate retoma en las siguientes su tradicional línea del convencimiento pacífico. La primera variable es que el marido se muestre comprensivo cuando note en la cara de su esposa que ha sufrido una importante pérdida económica o cuando regrese avergonzada por alguna afrenta. Estos momentos difíciles son ideales para usar su necesidad de consuelo como medio de hacerle ver el precipicio a cual se dirige y pedirle, «*con un tono de señor*», que lo deje antes de que se lo tenga que prohibir; o para obligarla a recapacitar sobre si debe mezclarse una mujer bien nacida como ella con las desacreditadas que admite el juego. Este toque de atención sobre su honor y amor propio hará, cuando menos, que su inclinación se balancee; las razones que le diese el marido, la bondad de su comportamiento y la imagen de infelicidad futura acabarán por alejarla definitivamente del juego.

Otro medio efectivo es el de convertirse los esposos en las sombras permanentes de sus mujeres cuando acuden a los lugares de juego. Las acompañarán mientras hacen las apuestas e incluso las reprenderán «*de quando en quando, aparentando un zelo discreto y el pretexto de instruir las*»³⁷. Tal presencia e instrucciones le serán insoportables y preferirán dejar el juego antes que verse seguidas a todas partes y aleccionadas por quienes no comparten su pasión.

Si alguna conclusión parece clara de la lectura de esta segunda parte del libro que analizamos es la de que para su autor el fin justifica los medios. Quizás se deba a ello el hecho de que al considerar el juego como la pasión más reprobable también sea aquella para la que aconseja el uso de métodos más

³⁶ *Ibidem*, p. 89.

³⁷ *Ibidem*, p. 93.

expeditivos de control, mostrando su preferencia por ellos al reseñarlos en primer lugar. Mas no todo el mundo iba a estar de acuerdo con esta perspectiva finalista que informa la obra y que lleva a considerar buena cualquier acción si el resultado lo es. La discrepancia aumenta en el caso de los comportamientos expeditivos. Buena prueba es la opinión de los dos primeros calificadores que, como señalamos, consideraron el trabajo perjudicial, inductor de una vida ociosa y portador de consejos ilícitos a los casados. Muchos son los ejemplos de este tipo que encuentran para reprobar, pero el que más provoca su escándalo es el de aconsejar a los maridos que ocasionen desórdenes domésticos para retirar a sus mujeres del juego pues ello va contra lo que San Pablo nos dice en sus cartas y lo que la iglesia nos enseña. Mas como las exégesis de los textos sagrados es amplia, la perspectiva del abate Albuichec encontrará sintonía en los segundos calificadores para los que el párrafo del apóstol condenando hacer el mal para obtener un bien se refiere a un mal moral, no físico como es el caso de los desórdenes aludidos. Por consiguiente, el marido podría poner en práctica cuanto se le aconseja para evitar la pasión de su esposa y salvar el matrimonio.

La licitud de los medios propuestos para evitar las infidelidades femeninas parece fuera de toda duda al haberse permitido que la obra «corra libremente», pero ¿fue útil como pretendía su autor? El mismo parece dudar al final de la fiabilidad reiterada de sus recetas, de la confianza que aparenta tener en ellas y que podemos inferir del propio tono en que se expresan. En las conclusiones, al hacerse la pregunta de si son tan seguras como la geometría, confiesa: «*Podrán ser ciertas. Sin embargo, no nos apresuremos á pronunciar de esta suerte, que la experiencia sola enseñará á conocer, el error ó la verdad de los documentos de esta obra*»³⁸.

Como es fácil imaginar ese dictamen de la experiencia, al que nuestro buen abate apela como único juez válido ante el que contrastar la bondad o no de sus juicios y consejos, queda fuera de nuestro alcance. No así, el reconocer al final de estas páginas que la obra, escrita con soltura y amenidad, es un buen testimonio de los usos y costumbres que se extendían entre las élites de la sociedad española dieciochesca tanto como de ese sentimiento de desmoralización social de la que injustamente se culpa sobre todo a las mujeres. Es más, el autor considera posible que el esposo pueda evitar los riesgos para su matrimonio de esa mayor libertal del comportamiento femenino si toma algunas precauciones, pero ¿qué ocurre con las mujeres si quienes caen en esas «pasiones» son los maridos?, ¿sería lícito que usasen los mismos remedios? No deja

³⁸ *Ibidem*, p. 133.

de ser lamentable que Albuíhec no considerara esta otra perspectiva, aunque al no hacerlo se vuelve a convertir en un buen testigo de una época en la que tal consideración resultaba impensable.